ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

Carácter Esotérico de los Evangelios.

H. P. B.

(CONTINUACIÓN)

Exigen una fe ciega é implícita, y *prohiben la investigación como pecado imperdonable*, aunque no puede ser sino santo todo lo que conduce al conocimiento de la verdad; pues ¿qué es la «Sabiduría Divina» ó *Gnosis*, sino la realidad esencial oculta por las efímeras apariencias de los objetos de la naturaleza — el alma misma del LOGOS manifestado? ¿Por qué los hombres que se esfuerzan en efectuar su unión con la Deidad una, absoluta y eterna, se estremecerían ante la idea de penetrar en sus misterios, por tremendos que sean? Y sobre todo, ¿por qué habrían de emplear nombres y palabras, cuyo significado es para ellos un misterio sellado, un mero sonido? ¿Es acaso porque un establecimiento sin escrúpulo y sediento de poder, llamado Iglesia, ha fulminado contra tales tentativas, declarándolas impías, y se ha esforzado siempre en matar al espíritu de investigación? Pero la Teosofía, la «Sabiduría Divina», no ha prestado nunca atención á los anatemas, y sostiene con valor sus opiniones. Los escépticos pueden llamarla un *ismo* vacío, y los fanáticos *Satanismo*. Nunca podrán aniquilarla. Los teósofos han sido llamados ateos, aborrecedores del cristianismo, enemigos de Dios y de los dioses. No son ninguna de estas cosas, y por tanto, han acordado hoy hacer una exposición clara

de sus ideas y una profesión de su fe — al menos respecto al monoteísmo y al cristianismo — y presentarlas al lector imparcial para que los juzgue á ellos y á sus detractores sobre los méritos de sus creencias respectivas. Ninguna mente amante de la verdad objetará á este proceder honrado y sincero, ni quedará deslumbrada por cualquier cantidad de luz nueva que se arroje sobre el asunto, por más sorprendida que de otra manera se encuentre. Al contrario, tales mentes agradecerán al Lucifer, quizás, en cuanto á aquellos de quienes se dijo *qui vult decipi decipiatur*, que sigan engañados.

Los editores de este periódico se proponen dar una serie de ensayos sobre el significado oculto ó esoterismo del *Nuevo Testamento*. Lo mismo que cualquiera otra escritura de las grandes religiones del mundo, no se puede excluir la *Biblia* de aquella clase de escrituras alegóricas y simbólicas, las cuales desde los siglos prehistóricos han sido el receptáculo de las enseñanzas secretas de los Misterios de Iniciación bajo una forma más ó menos velada. Los primitivos escritores de los *Logia* (ahora los *Evangelios*) conocían ciertamente la verdad, y *toda* la verdad; mas sus sucesores tenían, por cierto, tan sólo el dogma y la forma, los que conducen más bien al poder jerárquico que no al espíritu de las llamadas enseñanzas de Cristo. Como lo dice Higgins acertadamente, en la Cristología de San Pablo y Justino mártir tenemos la religión esotérica del Vaticano: un gnosticismo refinado para los Cardenales, otro más grosero para el pueblo. Es este, pero todavía más materializado y desfigurado, el que se ha transmitido á la época presente.

La idea de escribir esta serie nos fué sugerida por cierta carta publicada en nuestro número de Octubre y con el siguiente encabezamiento: «¿Son contradictorias las Enseñanzas atribuídas á Jesús? Sin embargo, no tratamos de contradecir ni debilitar en manera alguna lo que dijo el Sr. Gerardo Massey en su crítica. Las contradicciones señaladas por el sabio conferenciante y autor, son demasiado patentes para que cualquier «predicador» ó campeón de la *Biblia* pueda hacerlas desaparecer con explicación alguna: porque lo que él ha dicho — aunque con un lenguaje más vigoroso y más firme — es lo que se dijo del descendiente de Joseph Pandira (ó Panthera) en *Isis Unveiled* (vol. II, pág. 201), citando al libro talmúdico *Sepher Toldos Jeshu*. Su creencia respecto al carácter espureo de la *Biblia* y del *Nuevo Testamento, como están ahora publicados*, es también, por consiguiente, la creencia de la que escribe. En vista de la revi-

sión reciente de la *Biblia* y de sus muchos millares de equívocos, traducciones erróneas é interpolaciones (algunas admitidas y otras negadas), no sería muy propio el que algún adversario vituperara á cualquiera que rehusase crer en los textos autorizados.

Empero los editores de este periódico desean poner reparo á una corta frase de la crítica mencionada. El Sr. Gerardo Massey dice:

«¿De qué os sirve prestar el juramento sobre la *Biblia* acerca de la verdad de alguna cosa, si el libro sobre el que juráis es una mina de falsedades que se ha hecho saltar ó que está ahora en el acto de volar?»

A buen seguro que no es un simbologista de la capacidad y saber del Sr. Gerardo Massey el que llamara «mina de falsedades» al *Libro de los Muertos*, á los *Vedas*, ó á otras escrituras antiguas cualesquiera (1). ¿Por qué no se ha de considerar bajo el mismo punto de vista que dichas escrituras al *Antiguo Testamento* y *con mayor razón al Nuevo?* Todas estas escrituras son minas de falsedades, si se aceptan en las interpretaciones exotéricas de la letra muerta de sus glosadores teológicos antiguos y especialmente modernos. Cada uno de estos registros ha servido á su turno de medio para asegurar el poder y soportar la política ambiciosa de un sacerdocio sin escrúpulo. Todos han promovido la superstición, todos han hecho de sus dioses unos Molocks y demonios sanguinarios y fulminosos, como que han hecho adorar las naciones á éstos más que al Dios de la Verdad. Pero mientras que los dogmas artificiosamente fabricados y las malas interpretaciones voluntarias de los escoliadores son evidentemente, y sin duda alguna, «falsedades ya voladas,» los textos mismos son minas de verdades universales; sólo que, para el mundo de profanos y pecadores á lo menos, eran y son todavía como los caracteres misteriosos trazados por «los dedos de una mano de hombre» en la pared del palacio de Belshazzar: *necesitan un Daniel para leer* y *comprenderlos*.

(1) El número extraordinario de datos cotejados por este egiptólogo experto, prueba que ha llegado á comprender perfectamente el secreto de la producción del *Nuevo Testamento*. El señor Massey conoce la diferencia entre el Christos espiritual divino y puramente metafísico, y el 'manequí' del Jesús engendrado carnalmente. Sabe también que el canon cristiano, especialmente los *Evangelios*, los *Hechos* y las *Epístolas*, se componen de fragmentos de sabiduría gnóstica, el fundamento de la cual es precristiano, y descansa en los Misterios de la Iniciación.

El modo de la presentación teológica y los pasajes interpolados, como por ejemplo, en *Marcos*, *XVI*, desde el versículo 9 hasta el fin, son los que hacen de los *Evangelios* una mina de falsedades perniciosas y degradan al Christos. Pero el ocultista que distingue entre dos corrientes (la verdadera gnóstica y la seudo cristiana), sabe que los pasajes que están libres del pervertimiento teológico, pertenecen á la sabiduría arcaica, y lo sabe también el Sr. Gerardo Massey, aunque su opinión difiere de la nuestra.

Sin embargo, la VERDAD no ha querido permanecer sin testigos. Además de los grandes Iniciados en la simbología bíblica, hay cierto número de tranquilos estudiantes de los misterios del esoterícismo arcaico, estudiantes versados en el hebreo y otras lenguas muertas, los que han dedicado su vida á explicar los enigmas de la Esfinge de las religiones del mundo. Estos estudiantes, aunque ninguno de ellos haya dominado todavía las «siete claves» que dan la interpretación del gran problema, han descubierto bastante para poder decir: *Hubo* un lenguaje misterioso universal, en el cual se escribieron todas las escrituras del mundo, desde los *Vedas* hasta el Apocalipsis, desde el *Libro de los Muertos* hasta los *Hechos*. Una de las claves al menos, la clave numérica y geométrica (1) del Lenguaje Misterioso, se ha recobrado hace poco: antigua lengua, en verdad, que hasta ahora había permanecido oculta, pero de la cual existen abundantes pruebas, como se puede demostrar por medio de irrefutables evidencias matemáticas. En verdad, si se quiere obligar al mundo á aceptar la *Biblia* en el significado de su letra muerta, á pesar de los descubrimientos modernos de los Orientalistas, y los esfuerzos de los estudiantes independientes y de los Kabalistas, es fácil pronosticar que las nuevas generaciones actuales de Europa y América la rechazarán, así como lo han hecho los materialistas y los lógicos. Porque cuanto más estudia uno los antiguos textos religiosos, tanto más encuentra que el fundamento del *Nuevo Testamento* es el mismo que el de los *Vedas*, el de la teogonía egipcia y el de las alegorías mazdeístas. Las expiaciones por sangre — pactos de sangre y trasnferencias de sangre de los dioses á los hombres — son la primera nota tónica en todas las cosmogonías y teogonías; alma, vida y sangre eran sinónimos en todos los idiomas, especialmente entre los Judíos; y el dar sangre era dar vida. Muchas leyendas entre naciones (geográficamente) extranjeras, atribuyen el alma y la conciencia en el género humano recientemente creado, á la sangre de los dioses creadores. Berosio menciona una leyenda caldea que atribuye la creación de una nueva raza del género humano á la mezcla del polvo con la sangre que corría de la cabeza cortada de Belo, «y por esto — añade Berosio — los hombres son racionales y participan de la sabiduría divina» (1). Lenormant ha

(1) «La clave de este lenguaje, por lo que hace á los esfuerzos del autor, fué encontrada, muy extrañamente, en el uso del descubrimiento de la razón íntegra en números del diámetro á la circunferencia de un círculo» por un geómetra «Esta razón es 6,561 para el diámetro, y 20,612 para la circunferencia (Manuscritos kabalísticos). En uno de los próximos números del *Lucifer*, se darán más detalles con permiso del descubridor. Ed.

mostrado (en *Beginnings of History*, pág. 52, nota) que los Orficos. . . decían que la *parte material del hombre, su alma* (su vida), se originó en la sangre de Dionisio Zagreo, al que. . . . . los titanes despedazaron. «La sangre revivifica á los muertos» — lo cual, interpretado metafísicamente, quiere decir que da vida *consciente* y una alma al hombre de materia ó barro — como lo es hoy día el materialista moderno. El sentido místico del precepto: «En verdad, os digo, á menos que *comáis la carne* del Hijo del hombre y *bebáis su sangre*, no tenéis vida en vosotros, etc.», no puede jamás ser comprendido ni apreciado en su verdadero valor oculto, excepto por aquellos que poseen algunas de las *siete claves*, y poco caso hacen de San Pedro (2). Estas palabras, sea que las haya dicho Jesús de Nazaret ó Jehoshua Ben Pandira, son las palabras de un Iniciado.

Han de interpretarse por medio de tres claves: la una abre la puerta *psíquica*, la segunda, la de la fisiología, y la tercera, la que explica el misterio del ser terrestre, revelando la invariable unión de la teogonía con la antropología. Por revelar algunas de estas verdades con el *único objeto de salvar á la humanidad intelectual de la insalubridad del materialismo y del pesimismo*, los místicos han sido á menudo acusados de ser los fámulos del Antecristo, aun por aquellos cristianos que son personas muy dignas, respetables y sinceramente piadosas. La primera clave que se ha de usar para desenbrollar los obscuros secretos que contiene el nombre místico de Cristo, es la clave que abría la puerta de los antiguos misterios de los arios, sabeos y egipcios primitivos. La Gnosis suplantada por el plan cristiano, era universal. Era el eco de la sabiduría — religión primitiva que en otro tiempo había sido la herencia de todo el

(4) *Cory's Anc. Frag.*, pág. 59, f. Lo mismo dicen Sanchoniaton y Hesiodo, los que atribuyen el *vivificar* la humanidad á la sangre derramada de los dioses. Pero la sangre y el alma son una *(nephesh)*, y la sangre de los dioses significa aquí el alma que infunde vida.

(1) La existencia de estas *siete* claves queda virtualmente admitida gracias á las profundas indagaciones en la ciencia egiptológica, por el Sr. G. Massey. Mientras que objeta á las enseñanzas de *Esoteric Buddhism* — los que por desgracia han comprendido mal en casi todos los puntos — dice en su conferencia sobre *The Seven Souls of Man* (pág. 21).

«Este sistema de pensamiento, este modo de representación, este septenario de poderes, en varios aspectos, había sido establecido en Egipto hace á lo menos 7,000 años según lo vemos por ciertas alusiones á *Atum* (el dios 'en quien la paternidad se individualizó como el *engendrador de una alma eterna*', el séptimo principio de los teósofos), encontradas en inscripciones últimamente descubiertas en Sakkarah. Digo en varios aspectos, *porque la gnósis de los Misterios era por lo menos séptupla en su naturaleza* — era Elemental, Biológica, Elementaria (humana), Estelar, Lunar, Solar y Esperitual — *y nada menos que la comprensión de todo el sistema puede ayudarnos á distinguir las varias partes, las unas de las otras, y determinar el por qué y el cómo, á medida que procuramos seguir los Siete Símbolos en todas las fases de su carácter.*

género humano, y por tanto, se puede decir con razón que en su aspecto puramente metafísico, el Espíritu de Cristo (el *logos* divino), ha estado presente en la humanidad desde el principio de ella. El autor de las Homilias Clementinas tiene razón: el misterio de Christos — el cual se supone ahora haber sido enseñado por Jesús de Nazaret — «era idéntico» con lo que había sido comunicado *desde el principio á los que eran dignos*, según queda citado en otra conferencia (1). Sabemos por el evangelio, *según* Lucas, que los «dignos» eran aquellos que habían sido iniciados en los misterios de la Gnosis, y que eran «tenidos por dignos» de alcanzar aquella «resurrección de entre los muertos» *en esta vida*. . . «aquellos que sabían que no podían volver á morir por ser iguales á los ángeles, como hijos de Dios é hijos de la resurrección.» En otras palabras. . . eran los grandes adeptos de *cualquiera religión*; y estas palabras se aplican á todos los que, sin ser Iniciados, logran, por sus propios esfuerzos, en *llevar la vida* y en obtener la iluminación espiritual que de ellos se sigue, unir su personalidad — el «Hijo» — con el «Padre», su individual Espíritu divino, *el Dios en ellos*.

Esta «resurrección» no puede ser nunca monopolizada por los cristianos, sino que es el patrimonio espiritual de todo ser humano dotado de alma y espíritu, cualquiera que sea su religión. Tal individuo es un *hombre-cristo*. Por otra parte, los que prefieren no hacer caso del (principio) Cristo, dentro de ellos tienen que morir como *paganos no regenerados*, á pesar del bautismo, de los sacramentos, de oraciones verbosas y de la creencia en dogmas.

A fin de seguir esta explicación, el lector debe tener presente la verdadera significación arcaica de la paronomasia implicada en los dos términos *Chrestos* y *Christos*. El primero significa ciertamente más que un «hombre bueno», «excelente»; mientras que el segundo no se aplicaba nunca á hombre vivo alguno, sino á cada Iniciado en el momento de *su segundo nacimiento y resurrección* (2). El que encuentra en sí mismo á Christos y lo reconoce como su único «camino», se convierte en discípulo y *Apóstol de Cristo*, aunque no haya sido jamás bautizado, ni siquiera haya encontrado jamás á un «cristiano», ni mucho menos se llame con tal nombre.

(Se continuará.)

(1) *Gnostic and Historic Christianity*.

(2) «En verdad, en verdad te digo: á menos que el hombre *naciere* de *nuevo*, no puede ver el reino de Dios.» (*Juan*, III, 3). Aquí se da á entender el nacimiento *de arriba*, el nacimiento espiritual, que se efectúa en la última y suprema iniciación.

GÉNESIS

(CONTINUACIÓN)

Combinando los números de una de estas trece columnas con los de otra cualquiera en forma de tabla pitagórica, obtendremos todos los pesos atómicos de los cuerpos simples posibles, y conoceremos sus formas geométricas, haciendo en cada caso, con la mente ó con el compás, los ejercicios de invaginación de formas poliédricas que correspondan á las dos cifras combinadas.

En este número acompaña, como ejemplo, una de las tablas pitagóricas á que nos referimos:

Un principio de duplicación ó dicotómico, parece presidir á la génesis de las formas. Difícil es determinar la causa inmediata de tal principio, pero su existencia aparece más evidente cuanto más se reflexiona en el modo de producirse y propagarse las formas orgánicas ó inorgánicas.

En cuanto á las formas primeras ó poliédricas regulares, es indudable que dentro de cualquier poliedro regular, es posible colocar otro de igual clase y de menor tamaño; y dentro de una combinación cualquiera de poliedros invaginados, unos dentro de otros, en forma equilibrada, otra combinación igual de poliedros idénticos é invaginados en el mismo orden, pero siendo esta combinación del tamaño menor adecuado.

También es evidente que esta duplicación resultante de invaginar combinaciones de poliedros, puede repetirse sucesiva é indefinidamente, ya aumentando de tamaño, ya disminuyendo; pero en este último caso, hasta el límite que determine la magnitud de los átomos.

Por ejemplo: si una combinación de poliedros, un octaedro dentro de un cubo, está compuesta de 14 vértices, ó lo que es lo mismo, de 14 átomos en ellos colocados, habrá otras formas ó combinaciones de poliedros cuyos números de átomos serán respectivamente de 28, de 56, de 112, de 224 y así sucesivamente, siempre duplicando la última forma producida, es

decir, invaginando dentro de ella otra igual y de menor tamaño, á modo de una serie de estuches.

Cualquiera que sea el número de átomos de una forma regular, de ella se deriva una serie de formas, cuyos números de átomos serán respectivamente los productos del número de átomos de la primera forma por las potencias de 2.

La combinación de una forma consigo misma, es causa de generación de nuevas formas. Lo que equivale á decir que el origen de los números y el de las formas de la materia, es el mismo.

Tal sucede, por ejemplo, al combinar la unidad consigo misma engendrando el número 2, y al copular dos tetraedros iguales, de cuya copulación nacen las distintas formas del betatetraedro, del cubo y del octaedro, esto es, formas distintas de la forma generatriz del tetraedro, de la propia suerte que el número 2 está engendrado por la unidad, y es distinto de ella.

Admitimos, pues, el principio de duplicación ó dicotomía de las formas, como causa fundamental de la génesis de nuevas formas, como hecho observado y como lógico resultado del razonamiento; como hecho geométrico que corresponde con el hecho aritmético de la serie de los números 1, 2, 4, 8, 16, 32, etc.

Por tanto, una vez que conozcamos una forma geométrica cualquiera, y el número de átomos que la forman, admitiremos como posible la serie de formas derivadas de la primera por sucesivas invaginaciones, la cual corresponderá con la serie de duplicaciones sucesivas del número de átomos ó peso atómico. Es decir, que si hay una forma cuyo peso atómico es 27, habrá otra cuyo peso sea de 54, y otra de 108, y otra de 216.

Por ley de duplicación se producen las primeras formas, pasando del punto ó átomo á la línea ó arista; de ésta á la doble arista ó tetraedro, y de éste al doble tetraedro ó cubo.

Esta ley de duplicación, la primera que preside á la aparición de nuevas formas, se combinará sucesivamente con otras leyes genéticas, tanto más difíciles de conocer, cuanto mayor sea la complejidad en la serie ascendente de formas.

La relación entre las series de formas y de números aparece evidenciada en el siguiente cuadro:

Tetraedro.
1
2
4
8
16
32
64
128
.
.
.

Cubo.	Betatetraedro.	Octaedro.
1	7	3
2	14	6
4	28	12
8	56	24
16	112	48
32	.	96
64	.	192
128	.	.
.	.	.
.	.	.
.	.	.

Dodecaedro.	Pentatetraedro.	Icosaedro.
5	1	3
10	2	6
20	4	12
40	8	24
80	16	48
160	32	96
.	64	192
.	128	.
.	.	.
.	.	.
.	.	.

Las tres formas geométricas del tetraedro, del cubo y del pentatetraedro, están representadas por la misma serie númerica 1, 2, 4, 8, etc., y las del octaedro y del icosaedro por la 3, 6, 12, 24, etc.

Suprimiendo las series repetidas, puede representarse el cuadro anterior de este modo:

Betatetraedro.

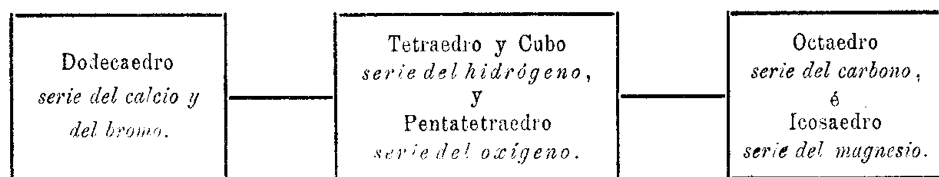
7
14
28
56
112
224
.
.
.

Dodecaedro.	Tetraedro, Cubo y Pentatetraedro.	Octaedro é Icosaedro.
5	1	3
10	2	6
20	4	12
40	8	24
80	16	48
160	32	96
.	64	192
.	128	.
.	.	.
.	.	.
.	.	.

y designando cada serie por los cuerpos simples, tipos de la misma, de este otro:

Betatetraedro
serie del ázoe, del silicio y del hierro.

7
14
28
56
112
224
.
.
.



5	1	3
10	2	6
20	4	12
40	8	24
80	16	48
160	32	96
.	64	192
.	128	.
.	.	.
.	.	.
.	.	.

No hay cuerpos simples, sino combinaciones regulares de átomos iguales. Tomando cualquier combinación por unidad, se obtiene como representación numérica de todas ellas la serie natural de los números; pero sólo se ofrecen á nuestra vista ó se ofrecen con más frecuencia, aquellas combinaciones cuyo número de átomos permaneciendo invariable, es susceptible de mayor cantidad de combinaciones regulares distintas. Por ejemplo, 32 átomos pueden presentarse en forma regular de muchos modos, entre ellos éstos:

Un pentatetraedro.

Un dodecaedro y un icosaedro enlazados.

Los poliedros funiculares ó estrellados descritos en el «Origen Poliédrico de las Especies.»

Cuatro cubos invaginados unos dentro de otros.

Ocho tetraedros invaginados unos dentro de otros.

Un cubo y cuatro octaedros invaginados unos dentro de otros.

Un cubo y dentro de él otros dos sólidos: 1.° el icosaedro que tiene dos vértices en cada cara del cubo; 2.° el sólido que tiene por vértices los puntos medios de las 12 aristas del cubo, etc., etc., etc.

Un examen atento de las combinaciones regulares que se pueden formar invaginando y copulando poliedros regulares, denota desde luego que el mayor número de combinaciones corresponde á 32 átomos, y en segundo término á 14 átomos, esto es, al pentatetraedro y al betatetraedro, y

por consiguiente, á sus múltiplos y submúltiplos, es decir, á las series de números

1 . 2 . 4 . 8 . 16 . 32 . 64 . 128..... y
1 . 7 . 14 . 28 . 56 . 112...................

Dedúcese, pues, de estas consideraciones geométricas, que la familia más importante de los cuerpos que hoy llamamos simples, es la del pentatetraedro, ó sea aquella en que están el hidrógeno, el oxígeno, el azufre y el iodo, con pesos atómicos de 4, 16, 32 y 128; que la familia siguiente en orden de importancia es la del betatetraedro, ó sea aquella en que están el litio, el ázoe, el silicio, el hierro, el cadmio, con pesos atómicos de 7, 14, 28, 56 y 112.

Esto hace presumir que las combinaciones más frecuentes son las más perfectas geométricamente, y que si los seres más perfectos están compuestos principalmente de oxígeno, de ázoe, de carbono y de hidrógeno, es precisamente porque dichos cuerpos simples son los que afectan formas de regularidad geométrica menos complicada.

Así, pues, estoy conforme con la intuición que asignó al oxígeno una posición central en la química, pero añadiendo que el segundo puesto corresponde al ázoe, y que ambos, sobre todo el primero, son verdaderos Proteos susceptibles de multitud de formas.

Paréceme también que de aquí arranca el principio darwiniano de la selección, puesto que el oxígeno es el cuerpo más importante de la química; porque siendo el resultado de un número de átomos susceptible de más combinaciones geométricas que otra agrupación de átomos, tiene más condiciones de vida, más facilidades de unión, casamiento ó enlace con los demás cuerpos ó combinaciones.

Pitágoras tenía razón al decir que las cosas son números; son los números algo más que imitación de las cosas según decía Pascal. El número es la cualidad inseparable primera, el espíritu de las cosas. Platón y Aristóteles han desconocido ó interpretado equivocadamente el muy profundo sentido de las afirmaciones del gran maestro.

(Se continuará).

Arturo SORIA y MATA.

		0,25	0,50	1	2	4	8	16	32	64	128
	0,50		⋮	⋮	⋮	⋮	⋮	⋮	⋮	⋮	⋮
0,75	....	1	1,25	1,75	2,75	4,25	8,75	16,75	32,75	64,75	....
1,50	....	1,75	2	2,50	3,50	5,50	9,50	17,50	33,50	65,50	....
3	....	3,25	3,50	4	5	7	11	19	35	67	....
6	....	6,25	6,50	7	8	10	14	22	38	70	....
12	....	12,25	12,50	13	14	16	20	28	44	76	140
24	....	24,25	24,50	25	26	28	32	40	56		....
48	....	48,25	48,50	49	50	52	56	64	80	112	....
96	....	96,25	96,50	97	98	100	104	112	128	160	....
192	....	192,25	192,50	193	194	196	200	208	224	256	....
.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.

¿Cuál debe ser la actitud del teosofista ante las presentes luchas sociales?

El espíritu que informa las enseñanzas teosóficas, es altamente altruísta.

Analizando bien la transcendencia y sentido de la palabra altruísmo, comprenderemos que es por sí sola un poema de amor humanitario, de paz, de armonía y de solidaridad verdaderas.

Tócale, pues, al teosofista, con todo el empeño de que se siente capaz, aprender bajo cualquiera de los aspectos filosóficos, científicos y religiosos, el difícil pero transcendental ejercicio de poner á su alma en condiciones de vibrar al unísono con este ritmo maravilloso, llamado altruísmo.

Debe también, bajo el benéfico influjo de las enseñanzas teosóficas, combatir con esfuerzo constante todos cuantos defectos reconozca en sí mismo, para desarrollar más rápidamente las virtudes indispensables para merecer el título de altruísta.

Mientras realiza este proceso de purificación interna, debe asimismo estudiar con la debida calma, las causas cuyos efectos constituyen el resultado de esas luchas sociales.

Ante todo debe procurar el teosofista, á fin de que le sea más fácil definir con acierto el carácter de cada una de estas causas, librarse de todo pasionalismo y ser imparcial, procurando ser completamente dueño de sí mismo, para de este modo evitar todos los impulsos violentos que resultan de las perturbaciones é impaciencias á que da lugar el análisis de estos problemas hecho con un criterio pasional.

Una vez el teosofista haya formulado para sí las correspondientes definiciones del desequilibrio que existe en el orden social, debe entonces fijar toda su atención en comparar entre el deber que tiene de ayudar en cuanto sea capaz á sus semejantes, y además con los obstáculos que tropezará al poner en práctica su propósito, con la fuerza de voluntad y el propio dominio, para tener la certidumbre de que sabrá mantenerse firme en la difícil tarea que va ha imponerse, que los buenos deseos que inspi-

ren sus hechos, no resulten de ellos consecuencias distintas del motivo que los haya iniciado.

Entonces podrá apreciar el valor de esas luchas que tanto fatigan y hacen sufrir á la humanidad, considerándolas desde aquel punto de vista, tal como son, puramente pasajeras ó ilusorias, por ser de carácter pasional, siendo como son producidas por el deseo tan arraigado en la generalidad de los hombres, de buscar con loca vehemencia una felicidad que no encuentran porque no existe allí donde la buscan.

Esta es, á nuestro parecer, la actitud enérgica, pero sosegada, que internamente y como preparación debe adoptar el teosofista en todo cuanto intente practicar en bien de sus hermanos, la humanidad entera.

Pasemos ahora á hacer algunas consideraciones acerca de cómo ha de poner en práctica sus nobles aspiraciones. El teosofista verá en primer término una gran parte de la humanidad que ella misma se dice vivir en naciones civilizadas, víctima de los efectos deplorables de la lucha sorda que sostiene, motivada á que en vez de solucionarse el problema económico-social mediante el concurso de todos los elementos que la componen, á fin de obtener un equilibrio con una base equitativa que permitiera desarrollar tranquilamente todas las fuentes de vida y de progreso, resulta precisamente todo lo contrario; debido á las tendencias exclusivistas que dominan según las que el más fuerte procura aumentar aun más su poderío, sin preocuparse (salvo meritorias excepciones), de si lo logra á expensas del más débil, ni tener en cuenta que el malestar que siembra, nadie, más tarde ó más temprano, en una ú otra forma, podrá escapar de su alcance y su funesta influencia. Véase si no, cuántos crímenes, suicidios, prostitución, odios de clase, desesperaciones y amarguras, son producto de esa lucha jigantesca llamada «lucha por la existencia...!!»

Como contraste, notará el teosofista que cuanto más aumente este sufrir desesperante, más se agotan las iniciativas dirigidas á empresas que tiendan al equilibrio social. No obstante, como hemos dicho, estas naciones que se llaman civilizadas y que sufren las consecuencias de sus errores, cuentan con un suelo que produce abundancia de alimentos, con un sobrante de productos de todas clases, debido á sus máquinas y útiles perfeccionados de producción; cuentan además con medios fáciles y rápidos de transporte, y sin embargo, hay quien se muere de hambre y quien va poco menos que desnudo...

En verdad que hace falta la serenidad y fuerza de un alma tranquila,

para no dejarse abatir ante la triste y amplia perspectiva del cuadro que se presentará ante el teosofista en cuanto intente hacer el examen que proponemos. No le será difícil ver claramente el foco principal de donde parten tantos errores, convenciéndose de que sólo en el frío *egoísmo* del hombre, radican las causas directas del mentado desequilibrio social.

Una vez convencido del punto hacia donde ha de dirigir sus energías, tócale adoptar una actitud decidida é inquebrantable para trabajar con ardor y desinterés en bien de sus semejantes, y ayudar á desarrollar las hermosas cualidades que posee el hombre aun latentes, que constituyen el sentimiento del *altruísmo.*

Varios son los aspectos en que puede manifestarse la actitud de que hablamos. Si la consideramos bajo el punto de vista religioso, debe demostrar el teosofista, tanto en sus palabras como en sus hechos, la unidad de origen del fondo de todas las religiones, demostrando que todas son ramas de un mismo tronco: la religión universal ó la *Verdad.*

Fiel el teosofista á su obra que ha de ser esencialmente armónica, debe reconocer que la variedad y la limitación de dichas religiones son aún necesarias á ciertas inteligencias, y prescindiendo de la forma de las mismas, reconocerá que todos cuantos adeptos cuenten las innumerables escuelas filosóficas y religiosas existentes en el mundo, son hermanos suyos, guardará profundo respeto por sus rituales, reconociendo que sólo son medios de progreso, que todos los seres de la tierra tienen el mismo origen, y su destino común les encamina á un mismo fin.

Siguiendo el mismo orden de deducciones, considerará el aspecto político, otro medio de desarrollo en el que las diversas naciones, á impulsos de las leyes evolutivas naturales, van reformando sus costumbres y códigos. Compenetrado como debe estar el teosofista de que en política lo que sobra es sentir odios, fanatismos y pasiones contra las instituciones, partidos ó personas que revistan la representación de las leyes vigentes, invirtiendo sus apreciaciones hasta el punto de reconocer que el progreso político de un país, está en relación directa con el adelanto de los individuos que lo componen; y que la ventaja de entender las cosas bajo su aspecto verdadero, elimina las impaciencias que son siempres malas consejeras evitándose de este modo sacrificios inútiles tan frecuentes en política. El teosofista no debe mostrarse indiferente á los asuntos políticos, pero tendiendo siempre á saber descartar lo personal del alcance y transcendencia que tienen como idea, procurando que todos sus actos sean

oportunos, á fin de que tengan provecho para el bien de la sociedad.

Un campo aún más extenso para dirigir sus actividades, podrá ofrecerle el presente problema social. Debido á los sucesivos actos que nos lleva á ejecutar la vida diaria, no han de faltar sobradas ocasiones de hacer mucho en favor de dicho problema, dada su latitud.

El teosofista debe ocupar para estar en terreno firme en sus apreciaciones, un punto medio entre los dos factores más importantes del conflicto social. Nos referimos á las clases productoras mecánicas y á los grandes capitalistas.

Tratando sintéticamente la cuestión, fiel siempre el teosofista en su propósito de armonizar, é inspirándose en el plano de las causas, aplicará sus esfuerzos, según la ocasión le depare, en atenuar los antagonismos existentes entre los polos opuestos de la escasez y la abundancia excesivas, difundiendo teosóficamente sus conocimientos, de modo que sea comprendido; la posición social que ocupa cada individuo, no es sino un medio de que se valen las sabias leyes de la Naturaleza para que se adquiera experiencia del justo valor, siendo todos los hombres iguales ante dichas leyes que no reconocen privilegio alguno para nadie. Merecen ser muy meditadas las palabras del gran Iniciado de Nazaret: «El señor de hoy, será el siervo de mañana». La Naturaleza no reconoce otra riqueza positiva en el hombre, ocupe la posición social que quiera, que sus virtudes, sentimientos ó inteligencia; y estas cualidades varían en su desarrollo, según se hayan ejercitado á través de la inmensa evolución á que está sujeta la entidad llamada el *Yo*.

Enseña la Teosofía en su método sintético, á clasificar al hombre en dos partes esenciales. La parte que corresponde á todo lo material, ilusorio y perecedero, lo denomina «Personalidad». La otra que comprende todas las cualidades morales, afecciones, conocimiento, experiencias, predisposiciones, etc, es llamada «Individualidad». Esta se conceptúa imperecedera á través de los millares de siglos, susceptible siempre de modificarse en sentido progresivo según los esfuerzos de la voluntad que en su libre albedrío posee el hombre. En estos dos aspectos quedan incluídos todos los actos del ser humano; todo cuanto se relaciona con la «Personalidad obra como efecto, quedando comprendidas las causas que informan los actos voluntarios del hombre, así como los á que se ve sometido por su destino, pertenecen exclusivamente á la «Individualídad». En la com-

prensión de esto, consiste la ventaja del teosofista para apreciar el justo valor de las cosas, y reconociendo su utilidad tanto si son adversas como favorables, se evita muchas y muy dolorosas experiencias.

Mientras espera, pues, los tiempos en que la humanidad esté en condiciones de apreciar esta parte de las enseñanzas teosóficas, debe trabajar en favor de las justas reclamaciones del débil, contrarrestando al mismo tiempo con energía los desmanes y arrogancia del poderoso, dando siempre el ejemplo de nobleza y humildad, cualquiera que sea la posición social que ocupe. Sabe el teosofista, que cuando la humanidad interprete en su justo valor el alcance de las palabras de Jesús: «Con la medida que medirás, serás medido,» desaparecerán como por encanto los conflictos sociales y los odios de clase, que son uno de los mayores impedimentos conque tropieza el progreso de la sociedad actual.

Si la ocasión depara al teosofista el desempeño de un cargo público, debe aceptarlo y pensar que no han de faltarle sobradas oportunidades en que podrá dar el ejemplo, á fin de regularizar desinteresadamente los medios de la vida social que tanto se relacionan con el progreso de los pueblos.

Si posee facultades tanto verbales como de escritor, debe utilizarlas en cualquier ramo del saber que le sea dable hacerlo; para el teosofista lo único esencial es el *fondo* de las cosas; la actividad es el gran medio de llevarlas á cabo. Así sucesivamente, su actitud debe siempre estar en armonía con las circustancias, sin impacientarse ni preocuparse de si los resultados responden inmediatamente á sus esfuerzos. El bien práctico que ha de producir una actitud parecida, si no es siempre directo, puede ser indirecto para aquellos hombres de buena fe, que, careciendo de un ideal definido, en casos de prueba, simpatizarán con todos cuantos con tolerancia, imparcialidad y bnen ejemplo, digan que van en busca de la Verdad.

Sabemos que nada nuevo hemos dicho en teoría en todo lo que hemos expuesto; pero como son pocos los que se consagran al bien de sus hermanos, sin un ideal que les guíe, les recomendamos á estos seres generosos que estudian la Teosofía para tener completa conciencia del verdadero alcance de sus aspiraciones.

El enemigo mayor del hombre son sus pasiones, porque éstas desarrollan el egoísmo; perturban sus sentimientos elevados, y acaban por convertirle en un escéptico; cuando las circunstancias de la vida lo ponen á

prueba se apodera de él el abatimiento y la duda, y cae por fin en la desesperación.

Dichoso aquél que en tiempos tan materializados sabe conocer y seguir imperturbable el sendero, para convertirse en una nota afinada del gran conjunto armónico en que está basado el Universo.

MICROMEGA

EN EL CREPÚSCULO

(CONTINUACIÓN)

— Es interesante observar — dijo el Vagabundo cuando estuvieron reunidos los amigos alrededor del fuego en su conversación familiar de todos los meses — cuán á menudo oímos referir historias de capitanes de barcos á quienes algún visitador misterioso ha despertado y ha inducido á cambiar de ruta. Una vez viajé con un capitán que me refirió algunas de sus propias experiencias, y entre ellas me contó una acerca de un hombre que penetró en su camarote vestido de un impermeable chorreando agua, y le había rogado que gobernase en cierta dirección á fin de salvar á unos náufragos. El capitán lo hizo así, y encontró una partida de marineros náufragos, y entre ellos uno en quien reconoció á su visitador.

La mejor y más típica historia de esta clase, es quizás la que tan bien cuenta Roberto Dale Own en su *Footfalls on the Boundary of Another World* (Resbalones en las Fronteras del Otro Mundo), aquella en que el piloto vió á una persona extraña escribiendo en la pizarra del capitán esta orden lacónica: «rumbo al Noroeste.» El capitán, al oir la narración del piloto y al leer aquellas palabras, decidió seguir la indicación, y al hacer lo, salvó del naufragio un número de personas, entre las cuales reconoció el piloto al misterioso visitante.

Otra historia parecida, aunque difiriendo de un modo curioso en algunos detalles, apareció últimamente en uno de nuestros periódicos, y aun cuando no se llegó á comprobar, es bastante típica para tenerse en cuenta. Titúlase «Tripulación salvada por un fantasma», pero este fantasma parece haber sido el alma de un hombre, que vivía en este mundo, revestida del cuerpo astral, como sucede normalmente durante el sueño. Hela aquí: «Muchos son los incidentes extraños que suceden en el mar; pero ninguno sobrepuja al que sucedió á Benner, capitán del bergantín *Mohawk*, pequeño buque que se ocupaba en el comercio de las Indias Occidentales. Una vez partió de San Thomas, su último punto de escala, de regreso á su país, siguiendo rumbo Nordes-

te; navegaba á poca vela con un fuerte viento y mar embravecido, resto de un huracán que había atravesado los trópicos cinco ó seis días antes. El capitán, después de permanecer unas horas sobre cubierta, bajó á su camarote á media noche, recomendando al primer oficial de guardia que mantuviese el rumbo que se seguía, y le llamase en caso de empeorarse el tiempo. Se echó sobre un sofá, pero al dar las dos en el reloj del barco, le pareció distinguir, á la débil luz del camarote, la figura de un hombre vestido con un sou-wester verde. Luego oyó estas palabras: «capitán, cambiad el rumbo al Sudeste». El capitán Benner se levantó y subió á cubierta, en donde vió que el tiempo había amainado, y que el bergantín llevaba más velas y navegaba mejor. Preguntó al piloto de servicio para qué lo había mandado llamar, á lo que replicó el oficial que no había hecho tal cosa. El capitán, figurándose que había soñado, volvió á su camarote, pero pronto tuvo la segunda visita del hombre con el sou-wester verde, que le repitió su orden anterior y desapareció por la escalerilla. El capitán, que entonces estaba bien despierto, se levantó de un salto y corrió tras aquella figura, pero no vió á nadie hasta que encontró al piloto, quien insistió en que no había mandado á nadie abajo. Mortificado y perplejo, el capitán Benner regresó al camarote sólo para volver á ver á su singular visitante, y oirle repetir la orden de cambiar el rumbo al Sudeste, y además la advertencia siguiente: «si no lo hacéis pronto, será demasiado tarde», y luego desapareció nuevamente. Subió á cubierta y dió las órdenes necesarias para cambiar el rumbo del buque al Sudeste. Los oficiales del bergantin no sólo se sorprendieron, si no que se indignaron, y finalmente, resolvieron apoderarse del capitán y encerrarlo, pero poco después del amanecer el vigía anunció un objeto por la proa. Al aproximarse el buque, se vió que era un bote que contenía cuatro hombres echados debajo de los bancos, uno de los cuales llevaba un sou-wester verde. Púsose el *Mohawk* al pairo, echó un bote al agua y recogió los náufragos, Estos resultaron ser el capitán y tres hombres, únicos supervivientes de la tripulación de un barco que se había ido á pique en el huracán, y que habían estado vagando sobre las olas, sin alimento, durante cinco ó seis días; el sou-wester verde pertenecía al capitán salvado. Pocos días después este último había recobrado sus fuerzas, pudiendo dejar el lecho; hallábase un día en el camarote principal del bergantín con el capitán Benner. y repetidamente le preguntó si creía en los sueños. «Desde que estoy aquí — continuó — he estado pensando cuán familiar me es este camarote; creo que he estado aquí antes. La noche anterior al día en que nos habéis salvado, soñé que vine aquí á veros en este camarote, y os dije que cambiaseis vuestra ruta al Sudeste. La primera vez no me hicisteis caso, y vine por segunda vez, aunque en vano; pero á la tercera cambiasteis vuestra ruta, y me desperté para ver á vuestro barco á nuestro lado.» Entonces el capitán Benner, que había observado el parecido de su huesped con

el misterioso visitador, le refirió lo que le había sucedido aquella noche. En la mayor parte de estos casos — concluyó diciendo el Vagabundo — el visitador es probablente un discípulo de servicio en el plano astral, pero á veces uno de los mismos que se hallan en peligro, es el que aporta el auxilio.

— Así es — dijo el Pastor; — pero sucede muy á menudo á los protectores invisibles ejercitados en nuestro círculo, el buscar de este modo la ayuda física para los náufragos. Algunas veces basta un sueño muy vívido causado por el lanzamiento de una idea en la mente del capitán mientras está durmiendo, para inducirle á actuar; pues los marinos, por regla general, creen en lo «sobrenatural», como neciamente llama el vulgo á nuestra vida más amplia. El sueño, seguido de un rápido despertar, de modo que produzca un ligero choque, basta muchas veces para producir el efecto deseado. Es posible también evitar un accidente que se considera próximo, tal como un incendio, un choque, etc., empleando el mismo método, ó bien despertando repentinamente al capitán, hacerle sentirse inquieto y temeroso de tal accidente, de manera que suba á cubierta ó registre cuidadosamente el buque, según el caso. Mucho más de esta clase de trabajo pudiera hacerse con sólo que hubiera un número mayor de nuestros estudiantes que llevase la vida que se requiere, con el fin de adquirir aptitudes para prestar servicios cuando el alma está fuera del cuerpo durante el sueño.

— Y este mismo trabajo constituye su propia recompensa — contestó el Vagabundo. — Recordaréis aquel vapor que se hundió en el ciclón á fines de Noviembre último; me dirigí al camarote en donde estaban encerrradas una docena de mujeres, las cuales se lamentaban desesperadamente, sollozando de temor. El buque tenía que irse á pique, la ayuda no era posible, y el salir de este mundo en semejante estado de terror frenético, es la peor manera de entrar en el otro. Así, para calmarlas, me materialicé, y por supuesto, creyeron que yo era un ángel. ¡Pobres mujeres! Cayeron de rodillas y me rogaron que las salvase, y una pobre madre me puso su hijo en los brazos, rogándome que, por lo menos, salvase á aquél. Pronto empezaron á tranquilizarse á medida que seguimos hablando, y el niño se durmió sonriendo, y poco después le imitaron todas sosegadamente; llenando yo sus mentes con imágenes del mundo celeste, de manera que no se despertaron cuando el barco se hundió definitivamente en el mar. Precipitéme con ellas para asegurar su sueño en los últimos momentos, y ninguna se movió al convertirse el sueño en muerte. Una ó dos de ellas espero que no volverán á despertar hasta que sus ensueños del mundo celeste hagan lugar á la realidad del mismo, volviendo el alma á la conciencia en medio de la luz y la melodía del Devachán.

— Es cosa curiosa los chascos que el cerebro etéreo nos suele dar en esta materia — observó el erudito. — Muchas veces, por la mañana, me

encuentro recordando los sucesos de la noche, como si yo mismo hubiera sido el héroe de la tragedia, en la cual tan sólo presté auxilio. Por ejemplo: la otra noche estaba haciendo todo lo posible, arriba en las montañas, en medio de la pelea, para evitar un accidente; y en el curso de mi trabajo tuve que ayudar á uno de nuestros Tommies que traía un cañón y corría á todo escape por una pendiente, con peligro inminente de estrellarse; y luego en mi memoria, en estado de vigilia, me parecía que yo mismo había sido el conductor de los caballos. Me acuerdo otra noche en que traté de arrastrar fuera del peligro á un hombre que trabajaba en un edificio donde iba á tener lugar una terrible explosión, y no pudiendo moverlo, vino la explosión y salí disparado con él por el aire; le expliqué, tan pronto estuvo desprendido de su cuerpo, que todo estaba perfectamente, y que no había por qué alarmarse: á la mañana siguiente, la impresión que tenía era haber sido yo mismo lanzado por la explosión, y aun cuando después de todo me hallaba sano y salvo, sentía perfectamente el sabor del gas asfixiante y del lodo.

—En efecto; tenéis un modo especial de identificaros con la gente á quien auxiliais — dijo el Pastor. — Parece una especie de simpatía que os hace experimentar en aquellos momentos exactamente lo que ellos, y al despertar, el cerebro mezcla la identificación de las entidades y se apropia el todo.

— Bruno describía nuestra naturaleza inferior como si fuera un asno— observó el Vagabundo — y realmente hay mucho del asno en el cuerpo que tenemos que usar aquí abajo; esto sin contar los atributos asnales del cuerpo astral, al menos mientras no se haya purificado por completo, y no se halle limitado á sus propias funciones de mero vehículo; pero ¿qué historia es esa, de la cual oí algo el otro día, acerca del salvamento por nuestro Jovenzuelo, de un muchacho en un gran incendio? Referidla, doctor.

— Hablando con propiedad, no soy yo quien debe referirla — dijo el doctor — pues no me hallaba presente en aquella ocasión; pero á lo que puedo recordar, sucedió poco más ó menos como sigue: Parece que hace algún tiempo el Pastor y nuestro Jovenzuelo pasaban una noche sobre los Estados cuando observaron el fuerte resplandor de un gran incendio, é inmediatamente se precipitaron á ver si podían prestar algún auxilio. Lo que ardía era una de esas enormes caravaneras situada á orillas de uno de los grandes lagos. El hotel, que tenía varios pisos, formaba los tres lados de un cuadrado alrededor de una especie de jardín con árboles y flores, y el lago constituía el cuarto lado. Las dos alas corrían hacia el lago, y sus grandes ventanas casi se proyectaban sobre el agua, de modo que sólo dejaban un paso muy estrecho debajo de ellas por los dos lados. El frente y las alas estaban construídos alrededor de pozos interiores que contenían también los huecos de los ascensores hechos de enrejado, de

suerte que el incendio, apenas iniciado, se propagó con increíble rapidez. Antes que nuestros amigos lo percibieran en su viaje astral, todos los pisos medios de las tres grandes crujías estaban ardiendo, aunque afortunadamente los habitantes, á excepción de un muchachito, se habían puesto ya en salvo, si bien sufriendo algunas quemaduras de consideración.

El muchacho había quedado olvidado en una de las habitaciones altas del ala izquierda, porque sus padres estaban fuera en un baile é ignoraban el incendio; y naturalmente, nadie pensó en el muchacho hasta que ya era demasiado tarde, habiéndose el fuego posesionado de tal modo de los pisos medios de aquel lado, que nada podía hacerse, aun cuando alguien se hubiese acordado de él, pues su cuarto daba al jardín interior y se encontraba fuera de todo auxilio posible del exterior. Por otra parte, el interesado no se había dado siquiera cuenta del peligro en que se hallaba, pues el humo denso y sofocante había invadido gradualmente la habitación, de modo que su sueño se había hecho más y más profundo, hasta llegar casi á la sofocación. En este estado fué descubierto por nuestro Jovenzuelo, quien, como sabéis, se siente especialmente atraído hacia los niños en peligro. Primeramente trató de que algunos de los que estaban fuera se acordasen del muchacho, pero en vano; y en todo caso el auxilio no era posible, de modo que el Pastor se convenció pronto de que por este medio no podía hacerse nada. Entonces materializó á Cyril, como había hecho otras veces, en la habitación del muchacho, y aquél pudo conseguir, con muchísimo trabajo, despertar y hacer levantar al niño ya medio asfixiado, pero en un estado de atolondramiento y de semiinconsciencia, que no le permitía darse cuenta de lo que ocurría, de suerte que era necesario llevarlo y empujarlo para que siguiera el camino debido.

Los dos muchachos salieron primeramente de la habitación al pasillo central que corría á lo largo del ala, pero encontrando que el humo y las llamas, que habían empezado á invadirlo, lo hacían infranqueable, nuestro muchacho volvió á arrastrar al otro dentro de la habitación y le hizo salir por la ventana, sobre un pretil de piedra de un pie de ancho que corría á lo largo de aquél lado del edificio por debajo de la ventana. Sobre este estrecho camino empezó á conducir á su compañero, guardando el equilibrio, balanceándose mitad en la orilla extrema del pretil, mitad en el aire, preservando así á su compañero del vértigo y del temor de una caída. Al llegar cerca del fin de aquella ala, muy próxima al lago, en cuya dirección el incendio parecía menos intenso, penetraron por una ventana abierta y volvieron al pasillo, esperando encontrar una escalera en aquel extremo por la cual pudiera aún bajarse, pero también estaba lleno de llamas y de humo; de suerte que tuvieron que retroceder con la boca muy cerca del suelo hasta que llegaron al ascensor del pozo en el

centro de aquel lado del edificio. El ascensor, por supuesto, estaba en el fondo, pero pudieron manejarse de modo que descendieron por el enrejado hasta que pusieron el pie sobre el techo del ascensor mismo. Allí se encontraron encerrados, pero afortunadamente Cyril descubrió una puerta en el conducto del ascensor que daba á una especie de entresuelo sobre el piso bajo del hotel. Penetraron por esta puerta en un pasillo, que atravesaron medio sofocados por el humo, pasaron por una de las habitaciones del lado opuesto, y finalmente, saliendo por una ventana, se encontraron sobre la galería que corría á lo largo del piso bajo, entre éste y el jardín.

Desde allí era bastante fácil deslizarse por una de las columnas y llegar al jardín, pero aún allí, el calor era muy intenso, y muy grande el peligro si se derrumbaban las paredes. Los dos muchachos trataron de abrirse camino primeramente dando la vuelta al extremo de una ala, y luego de la otra, pero en ambos casos las llamas habían invadido los estrechos pasos y eran infranqueables. Por último se refugiaron en uno de los botes de recreo que estaban atracados á los escalones que conducían desde la especie de muelle á orillas del jardín al lago, y soltando la amarra, empezaron á vogar.

La intención de Cyril era dar la vuelta al ala incendiada y desembarcar al muchacho que había salvado; pero apenas había remado un trecho, avistaron un vapor del lago que pasaba, del cual fueron vistos, porque toda la escena estaba iluminada por las llamas del incendio como si fuera en pleno día. El vapor llegó al lado del bote para tomar sus tripulantes, pero en lugar de los dos muchachos que habían visto, sólo encontraron uno, pues el Pastor había hecho que nuestro pequeño volviese inmediatamente á su forma astral, disipando la materia más densa que le tenía convertido en un cuerpo material, y por tanto, ya no era visible. Buscaron, por su puesto, con todo cuidado, pero no encontraron rastro alguno, y así dedujeron que el otro muchacho debió caerse al agua y ahogarse mientras ellos se acercaban al bote. El muchacho salvado cayó en un síncope profundo tan pronto se halló abordo, de manera que no podía dar informe alguno, y cuando volvió en sí, todo lo que pudo decir fué que había visto al otro muchacho en el momento antes de atracar el vapor, y que luego no supo más.

El vapor se dirigía por el lago á un lugar distante dos días de navegación, de manera que transcurrió como una semana antes de que el muchacho salvado fuese devuelto á su familia, la cual, por su puesto, creía que había perecido entre las llamas, pues aunque se trató de imprimir en sus mentes el hecho de que su hijo había sido salvado, resultó imposible hacerles asimilar tal idea.

—Eso es más dramático que mi pequeña historia — observó el Archivero — aunque mi gente era, seguramente, tan densa é imposible de

influir, y aún más verdaderamente que los camellos que usan como bestias de carga.

—Alto — interrumpió la Marchesa; — tenemos en verdad que separarnos, ó alguno se va á quedar realmente sin auxilio mientras estamos refiriendo historias de incidentes pasados; así, pues, dejemos á nuestro Archivero y los Camellos para otra ocasión.

Del *The Theosophical Review* de Mayo de 1898.

REVISTA DE LA PRENSA

The Theosophical Review, Londres, números de Mayo y Junio. — Contienen estudios interesantísimos como «Problemas de Sociología», por Annie Besant; «Notas sobre la Teoría Poliédrica», por A. Soria y Mata; «Notas sobre los Misterios Eleusinios», por G. R. S. Mead; «El Conde St. Germain», por Cooper-Oakley; «El Credo Atanasio», por C. W. Leadbeater; «El Alkahest moderno», por Richardson, y «Jacobo Bohme y su tiempo», por B. Keightley.

The Theosophist, Madras, números de Mayo y Junio. — Continúa H. S. Olcott, «Old Diary Leaves»; «El sistema de Castas en la India», por S. C. Basu; «La necesidad de la Religión» y «La Construcción del Mundo», por Lilian Edger; «Krishnopanishad», traducción de R. A. Sastri; «Místico Fuego», por W. A. Mayers.

Revue Théosophique, París, Mayo. — «El Espíritu y la letra», Dr. Pascal; «Simbolismo de la Biblia», por H. de Castro; «Variedades Ocultas», por Olcott, etc.

Teosofía, Roma, núm. 5. — Discurso pronunciado en la Logia Espiritista de Londres por A. Besant; «Corroboración científica de la Teosofía», por Olga Giaccone.

Theosophia, Amsterdam, Mayo y Junio. — «El día del Loto Blanco», «El Lotus», «Sobre la Oración», «Tao-te king», «Glosario», etc.

También hemos recibido, y no estractamos sus sumarios por falta de espacio, las siguientes revistas que se ocupan del movimiento espiritualista: *The Arya Bala Bodhini*, de Madras, números de Abril y Mayo; *Neue Metaphysische Rundschau*, Berlín, números de Abril y Mayo; *Nova Lux*, Roma, Abril y Mayo; *La Ciencia del Siglo XX*, Madrid, Febrero y Marzo; *Moniteur Spirite & Magnétique*, Bruselas, Mayo y Junio; *Lumen*, Barcelona, Mayo y Junio; *Revista Magnética*, Milano, Junio, *Il Vessillo Spiritista*, Vercelli, Mayo y Junio; *The Prasnottara*, Benares, núms. 84 al 86; *Rays of Light*, Ceilán, Mayo; *La Unión Espiritista*, Barcelona, Mayo y Junio; *La Revelación*, Alicante, Mayo; *La Lumière*, París, Junio, y el primer número de la ilustrada revista alemana publicada en Madrid con el título *Spanien*.

LIBROS

Hemos recibido un tomito de poesías titulado *Flores y Espinas*, debido á la pluma de doña Leonor Ruiz Caravantes, esposa de nuestro amigo D. Juan Fraile, cuyo envío le agradecemos.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.